



## CAMPANAS Y ESPEJOS

*Gonzalo Santonja*

Escritor

*Eres ciudadano del mundo, y parte  
de él; no una parte secundaria, sino principal ...*

Epicteto, *Discursos*

### I

Pues así discurre el razonar del austero Epicteto, lejano filósofo estoico (Frigia, h. 50 Nicópolis, Epiro, 138), esclavo primero y ciudadano libre después, en el primero de sus *Discursos* (I, 6), cita a la que llegué casualmente, hojeando sin orden las páginas de tal obra en medio y mitad de Madrid, el día de San Aniano y en la cola de un cine para ser exactos, mientras sublimarmente daba vueltas al tema de las ciudades y la cultura, urgido a ello por esta convocatoria, tan grata, de la Diputación de Salamanca. Coincidencia, pues, que de nuevo certifica la radical exactitud de aquella sentencia de André Breton, pontífice máximo del surrealismo en versión ortodoxa, tantas veces citada por mí: “el azar siempre resulta objetivo”. Y es que nunca deja de encontrarse lo que se busca, por supuesto, cuando no se está buscando.

Y sigue Epicteto, filósofo, por de verdad clásico, de nuestros días, llegando a la pregunta que se le representa clave: capaz el hombre de comprender “el orden divino” y en disposición para desentrañar las relaciones “entre las cosas”, aun las más intrincadas, desvelar misterios y penetrar enigmas, “¿cuál debe ser, entonces, tu compromiso como ciudadano?”. Y ahí es donde Epicteto dibuja el plano, a la vez, de la armonía y de los contrarios, porque a imagen y semejanza del ser humano la ciudad sólo funciona cuando se hace compatible el interés común con la ruptura de cuantas barreras y limitaciones impidan la plena y cabal realización de todas y cada una de las individualidades, en mutua interrelación positiva y cambiante.

A caballo de la lógica, el autor de los *Discursos* formula esta conclusión: “...no pensar en nada como un individuo aislado, sino como la mano y el pie que si tuviesen razón y entendieran el orden de la naturaleza, nunca perseguirían ni desearían nada sin referencia al ser entero”. En otras palabras, volando sobre los siglos, el gran Hemingway no diría nada distinto al hacer suya y estampar como lema de una de sus mejores novelas, *¿Por quién doblan las campanas?*, esta certera apreciación de John Donne:

“Nadie es una isla completo, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra (...); la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente nunca preguntes por quién doblan las campanas; doblan por ti”.

Desde Epicteto a Hemingway, la plenitud del ser humano se viene a constatar en esa vida en común que, frente a los aislamientos, marca el signo distintivo de las ciudades. Entre medias, sólo hay matices, importantes, pero matices. Walt Whitman, por ejemplo, pone énfasis en la conducta: “una gran ciudad”, escribe, “es la que tiene los mejores hombres y las mejores mujeres”, mientras Proudhon, apóstol libertario, caracteriza al ciudadano por la condición de “hacer lo que quiere y nada más que lo que quiere”, utopía, claro está, que en cualquier caso marca una aspiración. En fin, puesto a escoger, la imagen que más me gusta es la de aquel personaje de Gabriel García Márquez, Aureliano Babilonia, tozudamente engolfado en la quimera de descifrar esos enrevesados pergaminos cuyo explanamiento acarrearía la destrucción irreparable de la ciudad de los espejos.

Y ya he escrito todas las palabras y expresiones a mi entender claves para el asunto; a saber:

- Comprender las relaciones entre las cosas.
- El compromiso del ciudadano.
- El bien común, la libertad individual.
- Las campanas siempre doblan por todos.
- Las ciudades y los espejos.

Como Jack “el Destripador” predicaba, y conste que lo predicaba al modo y manera de los buenos predicadores, esto es, desde la práctica, procederemos con calma y por partes. Modelo de tratadistas, hablando en metáfora, aquel oscuro y siniestro varón.

Las cosas como son, suele decirse, y quien lo dice siempre se representa cargado de razón, atiborrado de certezas y sin sombra de dudas; pero claro, ahí radica, precisamente ahí, el quid del asunto o el intrínquilis de la cuestión: ¿cómo son las cosas, cómo son?

Cada cual tomará la pregunta por donde le cuadre, pero yo lo tengo claro, meridianamente resplandeciente: para mí la ciudad perfecta, la urbe modelo, se define y nombra con esta palabra: Alejandría, cuna y asiento de la biblioteca mítica, punto de enlace de una tradición de saberes que sólo se ha transmitido a través de los libros, de modo que los avances de una generación fueran recibidos en intransferible herencia por las generaciones siguientes, enlazados los seres humanos por ese escrutinio continuado en el cómo son de las cosas, merced a lo cual el hombre nunca, nunca, habría partido de cero, ni siquiera en el primer instante. Porque de la nada también se hereda y aprende algo muy importante: el sentido del desconcierto.

Alejandría, por consiguiente. Alejandría o la Córdoba de los Omeya, capital de los saberes en la encrucijada de Al-Andalus. Alejandría y Córdoba; también, por descontado, Toledo, el Toledo de las tres culturas y el millón de códices, con judíos, árabes y cristianos en cónclave de traducciones. Pasaron sus épocas de esplendor, pero no se ha desvanecido ni se hundirá en la desmemoria la rotundidad de sus mitos: ciudades caracterizadas por sus bibliotecas, afanados sus habitantes al mestizaje del intercambio entre las diversas culturas. Pues el hombre es un animal con experiencias acumuladas, esas ciudades, vencido el tiempo, viven y vivirán para siempre y marcan un ideal. Allí estuvo reunido la cifra de los saberes y la suma de las respuestas de su época y el trabado conjunto de todas las épocas anteriores al cómo son de las cosas.

## II

Respecto al compromiso del ciudadano, y tomando en consideración el modelo de ciudad apuntado en el apartado anterior –Alejandría, Córdoba, Toledo–, cualquier ciudadano lo saldaría con creces estando a tono. “Urbe, remolino de escorzos”, escribe Arconada en su poemario de vanguardia: el escorzo como perspectiva de penetración en los sentidos oblicuos y el remolino, siempre el remolino, como única alternativa para el mareo del orden.

El árbol de los edificios no tiene hojas, sino ventanas. Y cada ventana encierra hacia dentro el viento apagado de muchos mundos, serenos a veces los páramos del aire y otras, otras, náufrago por el mar de las esquinas. Calles y calles, melancolía del bosque. Cuando llueve, el asfalto se viste de reflejos; cuando llueve, por las fachadas gotean las discusiones de los inquilinos; cuando llueve, los coches apagan la velocidad y son, en la noche, como rosas negras. Cuando llueve, cuando llueve.

La ciudad es siempre, siempre, una encrucijada de caminos, y los mejores caminos de la ciudad, nudos de humo, inevitablemente conducen al refugio de los afanes; las bibliotecas y los centros de cultura, rompeolas de todas las curiosidades. En la Guerra Civil de los hombres –que no en la (in)Civil, horror sin misterio– suponen la ciudadela cercada. Una ciudad sin buenas bibliotecas sería (son, persisten tantas) como un cielo sin estrellas, ciego e inútil. El de la lectura en las bibliotecas se trata del único acto, aunque sea de masas, de solitario acompañamiento.

### III

El bien común, la libertad individual: lo pongo así, en ese orden, primero el bien común y luego la libertad individual, porque pienso, naturalmente, al contrario: la libertad individual, el bien común. Factores que únicamente interesan –que únicamente me interesan– cuando se conjugan de tal manera, de modo que aquél no sirva de pantalla, como tantas veces ocurre, para amputar cuanto no suponga sumarse con entusiasmo, entusiasmo real o entusiasmo fingido, eso en el fondo da igual, al coro fogoso de los balidos, mera ráfaga entonces el hombre, ráfaga atenuada, en el viento ordenado de la obediencia.

El “soplo de tu voz sobre las sombras” decía Alberti, poeta de libertades. Y de Alberti heredé, entre otras cosas (cosas, por cierto, que nadie ha sometido a pleito), esta máxima de hondo humanismo certero: “Gonzalo, yo estoy por un mundo sin reuniones”. Las reuniones, plaga de las ciudades. No hay alcalde ni concejal sin reuniones, sin muchas reuniones, sin un doquier de reuniones, pero ¿habría reuniones sin alcaldes ni concejales?

Para mí tengo que éste es el mal de los males del ciudadano moderno, entontecido en reuniones cuya única finalidad descansa en robarle su tiempo para que no se busque a solas y por azar, sin saberlo, se encuentre en las salas de lectura de las bibliotecas, el único reducto por definición donde el mal de los males está conjurado, que sólo allí tienen lugar los bisbiseos rápidos y el lenguaje fugaz de los ojos, cuando todo se dice sin decir nada. Bastantes alcaldes y no pocos concejales debieran verse recluidos, siquiera por Semana Santa, en dichos lugares con la Vulgata en lengua semítica: total, no la iban a leer de ninguna manera, pero así, al menos, cierta altanera ignorancia sería más auténtica.

## IV

En especial antes, porque ahora cada vez doblan menos. Y, francamente, una ciudad sin campanas en uso se me representa mero almacén de viandantes. El sonido de las bocinas supone una ceremonia de confusión; el tañido de las campanas, la luz del ritmo convertida en sílabas cautas.

Por cierto, ¿no es el mugir de los toros como el bramar de los mares? Pues para mí tengo que el tañido de las campanas fija el resumen de los latidos de la ciudad. No hay niebla que no penetre ni sofocados vericuetos que no recorra. Desenmaraña el ulular de la ventisca, alerta el rastro de los insomnios. Se oyen caer, repican las soledades, las atenúan y, antes de extinguirse, dejan un eco que se apaga tarde, como el temblor de los álamos, que sigue y sigue, por inercia de vida, más allá, más allá, de que haya pasado el viento.

Las campanas, por descontado, constituyen una metáfora. Las campanas, su más profundo tañido, alienta y habita el interior de los hombres. “Triste, muy triste entraña/ la que sin fuego gime”, escribió Emilio Prados. Triste, muy triste entraña, la que no se escucha por dentro, cabría parafrasearle. Los tañidos de las campanas son espigas del aire.

## V

Espigas que vuelan hacia los espejos cóncavos del callejón del Gato, el único paisaje de la vida cuando los ojos del saber vienen teñidos por los grises de la piedad. Que tal se configura hoy para mí el eje entre ciudad y cultura. ¿Y de lo que está mal? ¡Ah! De eso “yo no tengo la culpa,/ que la culpa es de la tierra/ y de ese olor que te sale/ de los pechos y las trenzas”, letra de vida que su cantor –Federico García Lorca– pagó con la muerte. Aunque haya a quien le moleste, así fueron durante mucho tiempo las cosas por estos sublunares espacios de la Península y tal se revela una de las imágenes tradicionales de nuestro espejo colectivo; de ahí la necesidad de los campanazos. La cultura, claro, no puede ejercer como tapadera.

*En Valdemisindiego,  
el día de San Sisinio y Santa Lucrecia.*